

Hombres y máquinas

El motor de la fábrica de calzado respira con estrépito; la rueda mayor vacila un instante y echa á andar poniendo en movimiento once ruedas. Una conmoción prolongada va invadiendo el piso superior hasta llegar al techo en donde el zinc crepita ruidosamente, esparciendo tormentas al aire.

En el piso bajo arde una escena violenta: uno de los operarios, recién entrado á la fábrica, llega aquella mañana con algún retraso; sus movimientos son tardos y trabaja con torpeza; probablemente la dolencia de la anciana madre sea la causa de aquella interrupción. Él, siempre diestro, tan puntual siempre, siente ahora como si llevara agobiantes amarras en los brazos; ya se ve, ha debido pasar tantas noches al pie de la cama de la enferma, al atisbo del asma pertinaz—aquel horrible puñal—, y para mayor desventura ser solos ellos dos, solos en el mundo! El contraamaestre de la fábrica ha venido á encararse con el operario, enrostrándole insolente su poca actividad,

llamándole holgazán, amenazándole con despedirle.

Los compañeros miran aquella escena como algo muy natural; y es claro, han soportado tantas veces las explosiones de ira de aquel déspota asalariado!

Cuando el contraamaestre deja de vomitar injurias, el operario levanta el brazo enjugando en la manga de la camisa el río de sudor que discurre por el cuello, hinca altiva la mirada en la del tirano á sueldo y sonríe despreciativamente: «Has creído, apunta indignado, que soy una máquina de las que gobiernas á capricho? O fué que nunca supiste, impostor, que entre un hombre consciente y tus obedientes máquinas la distancia es inmensa?»

Y rojo de vergüenza abandonó la fábrica.

Ahora, á quedar sin trabajo unos cuantos meses, á recorrer talleres hasta encontrar uno en donde no se equivoque á hombre y máquinas.

RUBÉN COTO

Sol para todos

Todas las mañanas me salen al paso. Aun cuando sea muy temprano, ya están ellos correteando por la calle. Antes lo hacían por la acera donde queda su casa y la mía; ahora lo hacen por la del frente.

Los pobres andan tras el calorcito del sol.

Una mañana les pregunté por qué habían cambiado de campo.

—Allí hace frío, contestaron.

—Quiere decirme, dijo el pequeño, metiendo sus manecillas en las bolsas del sucio pantaloncito, ¿por qué antes hacía sol en la acera de mi casa y ahora no? Se ha venido á esta otra, ¿verdad, Lola.

—Sí, sí, exclamó la harapienta con su balbuceo de pajarillo; y ahora mi hermanito, mírelo usted, no tiene sol.

Antes sí y no tenía frío en las mañanas.

En efecto, en el umbral de la pequeña puerta estaba arrodajado el niño que aun no anda, con su carita pálida tan parecida á la de aquellos dos arrapiezos. Quieto, con una quietud increíble en un niño, miraba á sus hermanitos.

¡Pobres chiquillos! Nadie se cuida de ellos. Algunas veces los encuentro revolcándose en el polvo; otras, chapoteando en el agua del caño, si no es que llevan su barbaridad á hacer gárgaras con ella.

Cuando los sorprendo en esta horrible tarea, les grito, y ellos asustados, huyen. Ya de largo me sacan la puntilla de su lengua maliciosa y me hacen burla.